

VOCES LATINOAMERICANAS EN EL ATENEO DE MADRID

Enrique SÁNCHEZ ALBARRACÍN
INSA de Lyon
Université de la Sorbonne Nouvelle - CRICCAL

«Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formará de nosotros, un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados...»

Andrés Bello
Modo de escribir la historia, Santiago de Chile, 1848

«Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros».

Alfonso Reyes
Notas sobre la inteligencia americana, Buenos Aires, 1936

Sirvan a modo de epígrafe las citas de estos dos ilustres pensadores americanos para enmarcar en la historia de los hechos y en la del pensamiento las peculiares y lejanas voces latinoamericanas que pretendemos rescatar ahora, extrayéndolas de los archivos de una conmemoración hoy bastante polvorienta y criticable pero no exenta sin embargo de interés. Sin duda no tuvo Andrés Bello la oportunidad de acercarse a las tribunas del prestigioso Ateneo Artístico, Científico y Literario de Madrid fundado en el año 1829, en momentos en que el erudito venezolano se instalaba definitivamente en Santiago desde donde impulsaría el desarrollo de la Universidad chilena; sí lo hizo en cambio Alfonso Reyes, residente varios años en España y promotor de otros Ateneos en México, desde el Ateneo de la Juventud hasta el propio Ateneo español de México, fundado por exiliados de la guerra civil y que inauguró el escritor mejicano en 1949 con un discurso de homenaje

al espíritu del Ateneo madrileño. Esto, no obstante, ocurrió mucho después del periodo que nos interesa y media casi un siglo también entre el reclamo de Bello abogando por la independencia espiritual de América y la declaración de mayoría de edad pronunciada por Alfonso Reyes en 1936. A ese siglo pertenecen las voces latinoamericanas que vamos a examinar.

Setenta años después de la emancipación de sus colonias americanas y justo entre dos momentos altisonantes de la creciente ola de prosperidad, poder e influencia de los Estados Unidos en América como fueron la *Conferencia Panamericana de Washington* de 1889 y la *Exposición Universal de Chicago* de 1893, se celebró en la vieja metrópoli española en 1892 el llamado *Centenario de Colón* o *Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo*, primer modelo o antecedente histórico del tan polémico y mediatizado aniversario que se organizaría cien años más tarde con el nombre de Quinto Centenario¹.

Las numerosas pompas, fiestas y ceremonias proyectadas para la ocasión se desparramaron a lo ancho y largo de toda la geografía peninsular, teniendo lugar las más concurridas en la capital y en Andalucía, en presencia de un notable público local y extranjero. Aunque fueron especialmente celebrados la figura y el nombre de Cristóbal Colón que ilustraron y bautizaron entonces a decenas de calles, plazas, edificios o estatuas conmemorativas, el objetivo oficial de las celebraciones era proclamar los derechos históricos de la península ibérica sobre el descubrimiento y el desarrollo posterior de la civilización americana. Frente al general olvido o a la indiferencia internacional, se pretendió de hecho rescatar y contraponer desde España y Portugal, los lazos sociales, culturales y económicos aflojados o quebrantados por las guerras de independencia y la intromisión en los asuntos americanos de nuevas potencias extranjeras. En los salones y las tribunas de los numerosos discursos, exposiciones, conferencias y congresos de 1892² se ostentó reiteradamente el alegato

¹ Véase el libro del historiador español Albert SALVADOR BERNABEU, *1892 : El IV Centenario del Descubrimiento de América en España* que constituye el primer estudio sistemático sobre el tema (Madrid, CSIC, 1987). En España, además de diversos estudios regionales como los de Olga ABAD CASTILLO, *El IV Centenario del Descubrimiento de América a través de la prensa sevillana* (Universidad de Sevilla, 1989) o de Juan SÁNCHEZ GONZÁLEZ, *El IV Centenario del Descubrimiento de América en Extremadura* y *La Exposición Regional* (Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1991) varios investigadores contemporáneos se expresaron sobre el IV centenario en un número especial de la revista del V Centenario: José Álvarez Junco, Gastón Baquero, Ignacio Bravo, Juan Gómez Soubrier, Antonio Pérez... *América 92, Revista del V Centenario, Núm. 4. Especial Suplemento IV Centenario del descubrimiento de América*, Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, abril-junio 1990. Desde América Latina trataron también el tema investigadores actuales como José María MURÍA, «Cuarto Centenario del descubrimiento de América», en Leopoldo ZEA (comp.), *El Descubrimiento de América y su sentido actual*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1989, p. 121-130 o Miguel RODRÍGUEZ, «El 12 de octubre: entre el IV y el V centenario», en Roberto BLANCARTE (comp.), *Cultura e identidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 127-162).

² Exposición Histórica-Americana de Madrid, IX Congreso Internacional de Americanistas de La Rábida, Congreso Literario Hispano-Americano, Congreso Mercantil Hispano-Americano-Portugués, Congreso Geográfico hispano-Americano-Portugués, Congreso jurídico Iberoamericano, Congreso

de la relación histórico-cultural privilegiada entre América Latina y sus antiguas metrópolis coloniales, como una alternativa adecuada, una herramienta para enfrentar conjuntamente los graves desafíos e incertidumbres que se cernían en aquella época tanto en un continente como en el otro.

Pese a que por diversas razones no se lograra el alcance internacional deseado, acudieron no obstante a las celebraciones españolas de 1892, según el escritor peruano Ricardo Palma, unos trescientos representantes latinoamericanos, «de los que la mitad, por lo menos, investía carácter diplomático o el de delegados³». Se trataba en su mayoría de políticos, negociantes, artistas o intelectuales, hombres y mujeres tales como Rubén Darío, Ricardo Palma, Juan Zorrilla de San Martín, Soledad Acosta de Samper, Manuel María de Peralta, Vicente G. Quesada, Calixto Oyuela o Vicente Riva Palacio, voces entendidas latinoamericanas que intentaron sumirse cada cual según sus méritos y aspiraciones en los debates suscitados por la conmemoración del pasado común peninsular y americano.

En este particular contexto el Ateneo de Madrid, institución prestigiosa que desde hacía algunos años había agregado una sección de Historia a sus tradicionales secciones de ciencias exactas, físicas, naturales, morales y políticas, resolvió dedicar dos cursos completos (1891-1892) al estudio y exposición de temáticas americanas. Así se organizó el ciclo histórico que difundido y publicado posteriormente bajo el título, *El Continente Americano*, logró sumar durante las celebraciones centenarias no menos de 55 conferencias en el Ateneo de Madrid, la mayoría de ellas dictadas por renombrados oradores y abarcando un amplio abanico de épocas y temas desde las historias precolombinas hasta la conclusión del período colonial.

Sólo tres latinoamericanos sin embargo, todos ellos diplomáticos, acudieron como conferenciantes a la cita del Ateneo: el mejicano Vicente Riva Palacio, el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, y el ministro peruano, Pedro Alejandrino del Solar; tres hombres de un total de 300 representantes latinoamericanos presentes en España en 1892; tres disertaciones americanas frente a 52 discursos peninsulares. Si este número ciertamente ridículo y asombroso provocó desde luego un espantoso desequilibrio en los debates y que no podemos desestimar en el momento de valorar las prestaciones latinoamericanas en estas circunstancias, tampoco podemos olvidar que las ausencias también «hablan» o sea que deben tomarse en cuenta como objeto del análisis aunque siempre más difícil de evaluar.

Examinemos pues las voces latinoamericanas presentes o ausentes, sonoras o silentes que desde España se expresaron en aquel «templo metropolitano» de cultura y pensamiento, tratando de entender cómo, exactamente a medio camino entre el dictamen de Bello y las afirmaciones de Alfonso Reyes, se adelantaba también de algún modo en el Ateneo de Madrid ese complejo proceso de asimilación y

Pedagógico Hispano-Americano, Congreso Católico de Sevilla, Ciclos de conferencias de los Ateneos de Madrid y Barcelona, reuniones de la Sociedad Unión Iberoamericana etc...

³ PALMA Ricardo, *Recuerdos de España – Notas de viajes – Esbozos – Neologismos y Americanismos*, Buenos Aires, Imprenta, litografía y encuadernación de J. Peuser, 1897, p. 159

adjudicación por los políticos e intelectuales latinoamericanos del discurso histórico propio.

El ciclo americanista del Ateneo

En su discurso de clausura, pronunciado el 19 de junio de 1892, el historiador y académico español, Antonio Sánchez Moguel, organizador del ciclo de conferencias americanistas del Ateneo caracterizó de este modo la labor realizada:

«[...] hoy, que esta obra toca felizmente a su término, al considerar los resultados obtenidos, al ver que oradores y escritores, de toda filiación política y científica, militares y marinos, sacerdotes y seglares, y lo que es más hermoso todavía, americanos, portugueses y españoles, en armonioso concierto, han contribuido un día y otro día, durante dos años, a la ejecución de su pensamiento, se complace en publicar solemnemente su gratitud a todos, y cada uno de sus generosos cooperadores, y en declarar muy alto que es su deseo, su aspiración más viva, que la campaña terminada no sea la última, sino la primera en pro de la fraternidad de los pueblos peninsulares y de sus hijos al otro lado del Atlántico⁴ ».

La empresa llevada a cabo entre febrero de 1891 y junio de 1892 era realmente insólita en España y el Ateneo pudo contar con una importante cooperación humana e institucional así como con una amplia difusión en los diarios y en las revistas especializadas⁵. Se subieron a la tribuna del Ateneo tanto reconocidos académicos como políticos, historiadores, geógrafos, literatos, naturalistas, autoridades del ejército y de la iglesia, estudiosos profesionales u ocasionales. A estos perfiles correspondían también los diplomáticos latinoamericanos invitados, los cuales ejercían como ministros plenipotenciarios de sus respectivos países pero se definían, además, como poetas, novelistas, periodistas o historiadores.

Los temas de las diversas conferencias pronunciadas a lo largo del ciclo se dividían cronológicamente en cinco partes: la primera abarcaba los precedentes europeos del descubrimiento de América, o sea, las ideas medievales acerca del mundo, el desarrollo de las ciencias y las navegaciones así como las intuiciones europeas relativas a la existencia de otros continentes; la segunda parte reunía numerosas lecciones en torno a la descripción natural, lingüística, social, política y cultural de América antes de la llegada de los conquistadores; el tercer apartado, era dedicado enteramente a temas colombinos y especialmente a las polémicas referentes a la figura de Colón; la cuarta parte congregaba todas las conferencias centradas en los descubrimientos y conquistas europeos en América; la última por fin, abrazaba temas coloniales o de civilización tocantes por ejemplo al papel de la iglesia en el Nuevo Mundo o la historia de los Estados Unidos de América.

⁴ SÁNCHEZ MOGUEL Antonio, *Las conferencias americanistas, Discurso resumen - Madrid*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 5

⁵ Revista oficial *El Centenario*, diario *El Imparcial*, revista *Contemporánea*, *Ilustración Española y Americana*, *España y América*, *España-Portugal*, etc....

Para cumplir con este ambicioso programa se requirió la participación de hombres públicos y notables escritores u oradores peninsulares como eran Pi y Margall, Cesáreo Fernández Duro, Luis Vidart, Emilia Pardo Bazán, Antonio María Fabié, Gumersindo de Azcárate, Rafael María de Labra, Antonio Cánovas del Castillo o el historiador portugués Oliveira Martins. El prestigio del Ateneo de Madrid era indiscutible entonces y el lugar solemne a pesar de que se ostentara como un espacio abierto a todas las ideas y debates, incluso a las polémicas más encendidas, como lo demostró en repetidas ocasiones de su historia, la cual no era nada menos según Antonio Sánchez Moguel que la historia del progreso intelectual de España:

«[...] centro de la cultura nacional, tribuna siempre abierta a la libre propagación de todas las doctrinas, preparación y complemento al par de la vida científica de las demás corporaciones. La separación entre lo oficial y lo particular, como las divisiones en partidos, sectas y escuelas, son extrañas a su instituto. Templo de la tolerancia, caben en él todas las ideas, como en el Panteón romano todos los dioses⁶».

Pese a la consideración de que gozaba la institución la mayoría de los conferenciantes latinoamericanos invitados y aun los que se encontraban en Europa, no respondieron favorablemente al convite. Ante esta delicada situación resulta plenamente comprensible, sin embargo, la aceptación del encargo por figuras de la diplomacia oficial. Aun así, es de señalar, que algunos embajadores conocidos por su pericia en temas históricos como el costarricense Manuel María de Peralta, o los ministros plenipotenciarios de Chile, Vergara Albano o de Colombia, Julio Betancourt y que habían aceptado inicialmente el desafío, acabaron desistiendo de su compromiso con el Ateneo.

Puede atribuirse este dato al impresionante número de eventos organizados en aquellas fechas en torno al Centenario del Descubrimiento de América, especialmente los numerosos congresos especializados de americanismo, geografía, lengua y literatura, pedagogía, derecho, comercio, las exposiciones históricas o los diversos actos académicos, reuniones o inauguraciones que se programaban en toda la península. No debiendo descartarse tampoco las razones puramente económicas y geográficas que siguen hoy día imposibilitando a menudo los viajes de muchos investigadores de uno y otro lado del Atlántico, era y sigue siendo legítimo no obstante interrogarse sobre estas defecciones. Antonio Sánchez Moguel lamentó de este modo la insuficiente representación *americana* desde las páginas de la revista *El Centenario*:

«La invitación del Ateneo a los americanos para que tomasen parte en sus conferencias históricas, simultánea de la invitación a los peninsulares, no se redujo a los Ministros de la América española, sino que se extendió también, desde un principio, a algunos escritores residentes en el Nuevo Mundo, conocidos por sus trabajos históricos. De estos escritores, unos, respondieron rehusando, con razones más o menos valederas, la participación ofrecida, y otros, a quienes como a los anteriores, les fueron dirigidas las invitaciones por los conductos más seguros, no han

⁶ SÁNCHEZ MOGUEL Antonio, *op. cit.*, p. 7.

acusado siquiera recibo de dichas invitaciones. Omito los nombres de unos y otros. Baste saber simplemente lo ocurrido. Y sépase también que el Ateneo, al invitarlos, no les pedía que viniesen expresamente a dar sus conferencias, sino que les advertía que podían escribirlas y enviarlas y que serían leídas por las personas que ellos mismos designasen⁷».

El hecho era tanto más deplorable cuanto que la historiografía latinoamericana contaba, a juicio del historiador español, con muchas y brillantes figuras como el académico mejicano Joaquín García Icazbalceta o el rector chileno Diego Barros Arana, eruditos no superados según él o por ninguno de los mejores americanistas peninsulares. Con estas ausencias se creaba un espantoso vacío y consecuentemente un tremendo desequilibrio en los debates de un ciclo de conferencias que pretendía celebrar más allá de la conmemoración centenaria un verdadero encuentro científico que propiciara futuras e indispensables cooperaciones.

Legitimidad, elocuencia y diplomacia

De los tres conferenciantes latinoamericanos participantes en el ciclo, el primero cronológicamente fue Vicente Riva Palacio, residente en Madrid desde 1886 como ministro plenipotenciario de México y que pronunció el 18 de enero de 1892 una conferencia titulada *Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España*. Era según Sánchez Moguel, el primer americano que se subía a la cátedra del Ateneo, precedido no obstante, amén de su singular popularidad en los salones de la capital, de cierta consideración por sus estudios históricos:

«El nombre y la persona del General Riva Palacio eran ya bien conocidos por los años que lleva de residir en España el distingüísimo mejicano. Sus dotes poéticas y sus facultades oratorias han podido ser apreciadas más de una vez así como su interés vivísimo en estrechar los vínculos de México y España, acreditado especialmente en la participación activa y preferente que viene tomando en todo lo relativo a la celebración del Centenario. Las personas peritas en los estudios históricos tenían noticia de sus trabajos referentes a los *Orígenes de la raza mexicana*, leídos en la Real Academia de la Historia, que habían promovido interesantes controversias por sus conclusiones favorables al autoctonismo de las primitivas razas mejicanas, y conocían también su erudita *Historia de la dominación española en México*⁸ ».

Vicente Riva Palacio, conocido como «el general» en la capital madrileña, lo era sobretodo por sus talentos públicos y su personalidad fecunda y polifacética habiendo ejercido a lo largo de su vida como abogado, antropólogo, crítico literario, cronista, cuentista, diputado, dramaturgo, novelista, general, historiador, humorista, magistrado, ministro de Fomento, periodista y poeta. Su extraordinaria vida pública y personal le había deparado un conocimiento original de la historia y de las

⁷ SÁNCHEZ MOGUEL Antonio, «Los americanos en el Ateneo», en *El Centenario*, Madrid, Tipografía de «El progreso Editorial», 1892, Tomo I, p. 222-223.

⁸ SÁNCHEZ MOGUEL Antonio, *Las conferencias americanistas...*, op. cit., p. 225

problemáticas sociales y políticas de su país, habilitándole para adentrarse por esta vía en la literatura y la investigación. Es notable por ejemplo el hecho de que habiendo tenido en su poder durante el gobierno de Juárez el archivo mejicano de la Inquisición supo descubrir en él no sólo el relato de los célebres autos y procesos de la Santa Hermandad sino hacerse con toda una visión inédita de la sociedad colonial novohispana que alimentó primero la redacción literaria de sus novelas históricas y más tarde la concepción, coordinación y publicación de una imponente labor histórica que se plasmó en *México a través de los siglos*. Esta obra monumental constituida de cinco libros densos, abundantemente ilustrados y consistente en una «Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual», se había editado bajo su dirección entre 1884 y 1889, habiendo él mismo redactado íntegramente el segundo volumen titulado «El virreinato. Historia de la dominación española en México desde 1521 a 1808». Tanto sus funciones diplomáticas como su protagonismo y sus relaciones en el ámbito de la academia mejicana legitimaban por lo tanto su presencia en el ciclo americanista del Ateneo.

En España, Vicente Riva Palacio formaba parte también desde 1891 de la Junta oficial del Centenario y presenciaba la mayoría de los actos oficiales, velando por el conjunto de intereses de las repúblicas hispanoamericanas, razón por la cual gozaba de un merecido aprecio, según el joven poeta y delegado nicaragüense del Centenario, Rubén Darío:

«Era el alma de las delegaciones hispanoamericanas el general don Juan Riva Palacio, ministro de México, varón activo, culto y simpático. En la corte española el hombre tenía todos los merecimientos; imponía su buen humor y su actitud siempre laboriosa era por todos alabada. El general Riva Palacio había tenido una gran actuación en su país como militar y como publicista, y ya en sus últimos años fue enviado a Madrid, en donde vivía con esplendor, rodeado de amigos, principalmente funcionarios y hombres de letras⁹».

Moviéndose a su gusto y antojo a través de los círculos culturales y mundanos de la capital española, Riva Palacio era un personaje público singular. Sus *Cuentos del General* escritos durante su estancia madrileña y publicados a lo largo del año 1892 en *La Ilustración Española y Americana*, dan cuenta todavía de la agudeza de su carácter y de su espíritu así como de sus grandes habilidades literarias. Todos estos talentos profesionales y humanos finalmente, constituían una notable ventaja que no había de desperdiciar en el momento de enfrentarse con el público del Ateneo de Madrid.

Una semana después del general mejicano, el ministro plenipotenciario uruguayo, Juan Zorrilla de San Martín, pronunció el 25 de enero de 1892 una conferencia titulada *Descubrimiento y Conquista del Río de La Plata*. No ostentaba su currículum formación histórica alguna, pero sí importantes actividades públicas y

⁹ DARÍO Rubén, *Autobiografía y España Contemporánea*, México, Editorial Porrúa, 1999, p. 34-35.

periodísticas en Uruguay donde había oficiado como abogado, juez, catedrático de literatura y militante conservador y católico, así como un renombre literario debido sobretudo a la publicación y difusión en España y América Latina desde 1888 de su gran poema épico-lírico *Tabaré*. Las fiestas españolas de 1892 iban a dar a conocer muy pronto también sus particulares dotes para la oratoria, celebradas con estas palabras por el mismo poeta Rubén Darío:

«Le recuerdo en días de triunfos y de gozos, entre fiestas y pompas españolas. Las delegaciones de las repúblicas americanas contaban, como era de razón, sobre todo las tropicales, con sujetos verbosos y hábiles para el discurso; pero en conjunto, no podíamos presentar delante de un Castelar sino al delegado uruguayo, a la sazón ministro de su país ante Su Majestad Católica. A su fama asentada de gran poeta unía el dominante prestigio de una elocuencia, sí a veces harto fogosa, por lo mismo plenamente representativa de nuestros entusiasmos y vivacidades continentales¹⁰».

El extenso poema *Tabaré* que describía los amores trágicos entre una muchacha española y un joven mestizo charrúa, ilustraba, no sólo el romanticismo lírico y patriótico de su autor sino toda una corriente literaria que en Uruguay como en otras repúblicas latinoamericanas, pretendía echar las bases de una identidad cultural nacional. Frente al joven poeta Rubén Darío que desde su libro *Azul*, publicado en el mismo año 1888, empezaba ya a convertirse en el guía estético e intelectual de una nueva generación de artistas modernistas latinoamericanos influidos por el cosmopolitismo y el esteticismo francés, la obra poética de Zorrilla de San Martín en cambio, se situaba en la tradicional línea romántica española, de corte becqueriano y fiel a los valores morales y filosóficos tradicionales de la península.

En este sentido el poeta y embajador uruguayo se presentaba ante el Ateneo español en 1892 como el lírico representante de una élites latinoamericanas herederas de la independencia pero deseosas no tanto de recalcar su originalidad y diferencias como de asentar la vigencia de su ascendencia hispana, y su legitimidad tanto lingüística como cultural y religiosa. En otro discurso famoso de 1892, *El Mensaje de América*, pronunciado ante el monasterio de La Rábida cuando la inauguración del monumento conmemorativo del descubrimiento de América, el 12 de octubre de 1892, Zorrilla de San Martín reivindicaría ostensiblemente el papel de «portavoz» de la América hispánica:

«[...] seré yo, a pesar de todo, quien preste su voz a nuestra América, que, efectivamente, necesita hablar, que quiere hablar, que nos hace señas imperiosas de que hablemos en este momento¹¹».

¹⁰ DARÍO Rubén, «Zorrilla de San Martín», artículo publicado en *Mundial*, Febrero de 1913, n° 22. Vol. 4. Año II, p. 864, en *Obras Completas*, Madrid, Editorial Biblioteca Rubén Darío, 1929, Vol. XX, p. 45-48.

¹¹ ZORRILLA DE SAN MARTÍN Juan, «El mensaje de América», Discurso pronunciado en la explanada del Monasterio de la Rábida... el 12 de octubre de 1892, en *Conferencias y Discursos*, Montevideo, Imprenta nacional Colorada, 1930, p. 101

Para cumplir ese papel llegó a pronunciar hasta cinco discursos o conferencias en España durante las fiestas centenarias¹². «Siendo Zorrilla de San Martín un poeta —escribió Unamuno en su ensayo *Poesía y Oratoria*— su oratoria tiene que ser poética. Y, en efecto, lo es¹³». El diplomático uruguayo por su parte definía de este modo sus producciones:

«Yo no pronuncio lo que escribo; escribo lo que pronuncio. Cuando preparo un discurso en la soledad de mi estudio, predispongo mi espíritu a hablar, no a escribir; me escucho a mí mismo: soy un simple taquígrafo o amanuense de la palabra interna, que suena en mi oído mientras con la imaginación veo a mi auditorio¹⁴».

La oratoria era pues la principal ventaja de Juan Zorrilla de San Martín, una elocuencia inaudita que admiraba con estas palabras un observador español:

«Fue de ver la sorpresa, el asombro que produjo, entre los españoles sobre todo, yo entre ellos, aquella voz musical y vibrante aquel florecimiento de la lengua castellana en labios americanos, aquella elocuencia inesperada que venía desde el otro lado del mar, como un eco del mismo mar: fresca y honda, llena de pensamientos atrevidos, de ideas muy grandes y revelaciones no atendidas. Con saberse, como se sabía, que en América se habla el español, se ignoraba que pudiese hablarse así¹⁵».

El ministro plenipotenciario peruano, Pedro Alejandrino del Solar, fue el último latinoamericano finalmente en participar al ciclo del Ateneo, dictando el 11 de febrero una conferencia titulada *El Perú de los Incas*. Valiéndose ante el público español de su representatividad política reconocía no obstante su falta de legitimidad científica o literaria en aquella circunstancia:

«Vengo a cumplir un deber ineludible: sólo él puede traerme ante vosotros, sobreponiéndome a dificultades de todo orden. En este recinto de la ciencia y de las letras no tienen el derecho de hablar sino los sabios y los literatos: yo no lo soy. Llevado a la carrera pública cuando apenas había salido de los claustros universitarios, y empujado por un cúmulo de especiales circunstancias a la política activa, de lucha y de combate en muchos casos, ha absorbido ésta mi tiempo y mis fuerzas, con detrimento y a costa, quizá, de otras muy preferentes exigencias sociales, privándome en consecuencia, de la satisfacción que ofrecen las bellezas y los encantos de la literatura¹⁶».

¹² El discurso de la Rábida, la conferencia del Ateneo, una memoria leída ante el Congreso Literario Hispano-Americano sobre la lengua castellana, un discurso en la sesión inaugural del Congreso jurídico Iberoamericano y otro de clausura en Congreso Pedagógico Hispano-Americano.

¹³ in BORDOLI Domingo L, *Vida de Juan Zorrilla de San Martín*, Montevideo, Consejo Departamental de Montevideo, Dirección de Artes y Letras, 1961, p. 150

¹⁴ ZORILLA DE SAN MARTÍN Juan, *Conferencias y Discursos*, op. cit., p. 44

¹⁵ SAIZ DE ULLOA, *El Correo de París*, 23-05-1898

¹⁶ SOLAR Pedro Alejandrino del, *El Perú de los incas*, Ateneo de Madrid, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 5

Era conocida no obstante la labor política y diplomática del embajador peruano, que se había destacado primero en su país como prefecto de Tacna durante la Batalla de Arica en tiempos de la Guerra del Pacífico y luego como presidente de la cámara de diputados en tres ocasiones llegando a ser primer vicepresidente de Perú entre 1890 y 1894, puesto del que sería destituido inconstitucionalmente por fidelidad justamente a sus compromisos democráticos.

Si a lo largo del Centenario, Pedro Alejandrino del Solar estuvo presente en la mayoría de los actos oficiales y en los congresos científicos como jefe de la legación peruana, pudo también contar con el auxilio de compatriotas más especializados, como por ejemplo el escritor Ricardo Palma, quien se convirtió en el portavoz peruano ante la Real Academia de la Lengua, el Congreso de Americanistas, el Congreso geográfico o el Congreso Literario. Palma gozaba en la España de 1892 de una gran notoriedad adquirida por su labor bibliográfica y sobretodo literaria desde la publicación y difusión de sus famosas *Tradiciones Peruanas*. Pedro Alejandrino del Solar, en cambio, enfrentaba quizás por primera vez un auditorio con las exigencias del público del Ateneo madrileño. Su experiencia de la elocuencia política, no obstante, su sobriedad y precisión en el discurso que alabarían los observadores de la prensa española así como habían aplaudido la grandilocuencia lírica del embajador uruguayo, éstas eran las armas del político peruano en el momento de pronunciar su conferencia sobre el vasto y arduo tema precolombino que le habían confiado.

Nombrar y contar con palabras americanas

Al iniciar sus disertaciones, muy diplomáticamente, los conferenciantes recalcaron la importancia del descubrimiento de América y su posterior conquista y colonización por los Europeos, motivo de la celebración centenaria española y de su presencia como invitados latinoamericanos en el Ateneo de Madrid:

«El descubrimiento de América por Cristóbal Colón, fue un acontecimiento grandioso, que con razón no se explican muchos sabios escritores, por qué no ha marcado época especial en la Historia de la Humanidad, como el Diluvio, la venida de Jesucristo, el Renacimiento y otros Semejantes¹⁷».

«Indudablemente los fastos de la humanidad no registran acontecimiento más importante, ni más asombroso, ni de más trascendentales consecuencias que el descubrimiento del Nuevo Mundo; que por un desdén tan incomprensible como injustificado, no se marca como el fin de la Edad Media y el principio de la Edad nueva¹⁸».

No obstante, desde las primeras frases de su conferencia, Vicente Riva Palacio advertía al público español de que la historia que se les iba a contar no era tal vez la que se esperaba:

¹⁷ SOLAR Pedro Alejandrino del, *op. cit.*, p. 6

¹⁸ RIVA PALACIO Vicente, *Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España*, Ateneo de Madrid, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 8

«El periodo científico en que se encuentra hoy la humanidad, —explicaba, ha dado un nuevo giro a los estudios y a los escritos de la historia. La historia no es ya la sencilla o complicada narración de acontecimientos comentados con más o menos profundidad y acierto, acompañados algunas veces, a semejanza de los antiguos cuentos morales, de consejos y advertencias a los pueblos o gobernantes. Altas consideraciones filosóficas y profundos estudios acerca de las grandes evoluciones sociales, de la marcha y el progreso del espíritu humano y del influjo que el medio ambiente y el territorio ocupado, la alimentación y la ley de la herencia tienen en los caracteres, y en el organismo de los habitantes, determinando el porvenir de un pueblo, son los problemas que preocupan más y más cada día el ánimo de los hombres que dedican su vida a los trabajos de la historia¹⁹».

Respaldándose en la ciencia y en el concepto de progreso el orador mejicano afirmaba de entrada la necesidad de revisar la historia americana tal como había sido contada hasta entonces. No es de extrañar por ello que a lo largo de su conferencia no citara a ningún historiador español fuera de los cronistas de la conquista que constituían fuentes obligadas para todos, y prefiriera referirse a pensadores extranjeros como François Lenormant, G. W. Friedrich Hegel, Henry Thomas Buckle y Ernest Renan²⁰, o a estudiosos mejicanos como Manuel Orozco y Berra o Joaquín García Icazbalceta²¹. Tal vez esta elección fuera determinada por meras necesidades prácticas pero delataba claramente las lecturas e inclinaciones de Riva Palacio, las cuales parecían más orientadas hacia una reflexión sobre las características propias de la historia de la nación mejicana que sobre el examen y definición de una raza o «supranacionalidad» hispana.

No muy distintos a primera vista eran los puntos de partida tanto de Juan Zorrilla de San Martín, quien se definió antes como «americano del sur» que como «español de América», como de Pedro Alejandrino del Solar, el cual distinguió en su introducción la existencia de dos patrias, la de sus padres y la de sus hijos.

Exceptuando una referencia a Felix de Azara, el poeta uruguayo evitó cuidadosamente las citas eruditas. Explicó, además, que su conferencia no abordaría ningún «punto controvertido relativo al descubrimiento y conquista del Río de La Plata», sino que daría «una idea general y comprensiva», destinada a ilustrar la opinión que se tenía en América sobre el descubrimiento, la conquista y la colonización del continente. Se valdría sin embargo de importantes recursos

¹⁹ RIVA PALACIO Vicente, *op. cit.*, p. 5-6

²⁰ LENORMANT François, historiador y arqueólogo francés, *La Magie chez les Chaldéens*, Paris, 1874; HEGEL Georg Wilhelm Friedrich, *Leçons sur la philosophie de la religion* (obra póstuma); BUCKLE Henri Thomas, historiador británico, discípulo de Auguste Comte, *History of Civilization in England*, London, 1872. De Ernest Renan, Vicente Riva Palacio cita unas frases del prefacio de *Histoire du peuple d'Israel*, y es de suponer que tuviera a la mente también las reflexiones sobre el concepto de nación que desarrollaba el intelectual francés en *Qu'est-ce qu'une nation* (1882) con planteamientos muy acordes a las preocupaciones del escritor mejicano.

²¹ OROZCO Y BERRA Manuel, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*, México, 1864 y GARCÍA ICAZBALCETA Joaquín, *Colección de documentos para la Historia de México*, Antigua Librería, México, 1858-1866.

estilísticos para llevar a su público con la «imaginación» porque sin ella era imposible concebir según él la diversa y monumental realidad americana y su «significación relativa, geográfica, etnológica e histórica».

El ministro peruano se mostró muy prudente por su lado al adentrarse en la evocación histórica del Perú precolombino, indicando que «más por la tradición que por la Historia» se conocía el origen y las costumbres de los más antiguos pobladores de su país, pero que esto tampoco difería de lo que ocurría en muchos pueblos europeos donde los vacíos de la Historia eran llenados a menudo por «la mitología y las invenciones de la fábula». Éstas razones así como la declarada «aridez» y «confusión» de la materia explicaban que prescindiera también de referencias a historiadores españoles en su conferencia, iniciando la narración con un emblemático «Se sabe que... », que resumía en realidad observaciones de escritores como Alexander Von Humboldt o el historiador norteamericano William Prescott²², autor de la entonces muy difundida y crítica versión de la conquista del Imperio Inca.

Las historias de América que exponían Riva Palacio, Zorrilla de San Martín y Alejandrino del Solar, distintas en el tratamiento, estético, filosófico o científico, ostentaban, no obstante, desde el principio, el común afán de los oradores de asumir y de contar a su manera sus propias historias nacionales.

Muy oportunamente, por lo tanto, inició su exposición el poeta uruguayo con una larga y lírica descripción geográfica del continente americano. Parecía indispensable plantar de antemano el decorado; situar los hechos en un espacio determinado que, si bien había sido descubierto, colonizado y nombrado otrora por comunes antepasados, era necesario ahora describir y llamar con vocablos y acentos propios americanos. «Para daros una idea de aquel gran suceso, —dijo Juan Zorrilla de San Martín, yo quisiera llevaros con la imaginación... allá (...). Desde las primeras frases el orador reivindicaba el uso de la primera persona «yo», «nosotros» imponiendo una necesaria distancia al auditorio español: «aquí» era el Ateneo, España, la península ibérica, el espacio coligado; allá «de donde vengo» estaba América:

«con su superficie de cuarenta millones de kilómetros cuadrados; con su columna vertebral de dos mil quinientas leguas; con sus montes como nubes, y sus llanuras y sus selvas; con sus volcanes ardientes tributarios del cielo, y sus ríos, soberbios tributarios del mar²³».

La grandilocuente naturaleza americana siendo ahora propiedad de los americanos, dueños eran también, al evocarla, de sus palabras. Nombrar es otro modo de apropiarse. La verba lírica de Zorrilla de San Martín, la prosa más convencional del ministro peruano o la más científica del escritor mejicano, todas hablaban en primeras personas con nombres propios y palabras americanas.

²² PRESCOTT William, *History of the Conquest of Peru*, 1847

²³ ZORRILLA DE SAN MARTÍN Juan, *Descubrimiento y conquista del Río de La Plata*, Ateneo de Madrid, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 7

Nombrar también es definir. Así lo hacía Vicente Riva Palacio en su conferencia al nombrar: «pueblo mexicano» al que «los españoles encontraron formando el pueblo de Moctezuma». Acaso sin darse totalmente cuenta y aun a pesar de reconocer su pertenencia a la gran familia hispánica, los embajadores latinoamericanos resaltaban cada uno a su manera el matiz fundamental de sus orígenes mixtos y por consiguiente de su nacionalidad diferente o distante de la española, una nacionalidad original y originada a la vez por sus características locales y un pasado precolombino totalmente desligado de la historia europea.

Nuestros Indios americanos

A pesar de su gran lirismo o acaso por esa misma razón, Juan Zorrilla de San Martín fue el que menos se distanció en su conferencia de los presupuestos oficiales del Centenario español. Si evocó a lo largo de su recorrido histórico, la fiereza indomable por ejemplo del pueblo Charrúa, el poeta «americano del sur» pintó también y sobretodo a los *primitivos* habitantes del Río de la Plata como hombres «decrépitos», «solitarios» y «agonizantes» que aguardaban la fe y la gloria vertida en la conquista y colonización por «el reguero de generosa sangre española».

A pesar de su inmensidad y de sus riquezas naturales, el continente americano según él, estaba casi vacío antes de la llegada de los españoles:

«La soledad, sentada en las cumbres o discurriendo por las riberas oceánicas, miraba el mar al morir el siglo XV [...] Mirad al hombre que allí existía... despojo de las tempestades del alma y de la naturaleza, vino acaso formando caravanas sin historia; a excepción de algunas semicivilizaciones que agrupan algunas razas en torno a fragmentos monumentales o vestigios de civilizaciones humanas sin recuerdo, el hombre vaga desnudo y solitario, como el ciervo o el tigre, por los bosques, las montañas, las costas o las llanuras; va triste; sufre acaso la nostalgia de su olvidado origen divino; el tiempo le ha teñido la piel con los cambiantes del rojo; tiene la frente estrecha, los cabellos rígidos, el pómulo saliente, los ojos pequeños melancólicos y negros; parece que camina a tientas con actitud huraña, irresoluta y desconfiada; es un extranjero; en su rostro casi no se refleja el alma; parece impasible, atónito, habla en voz baja; nunca ríe; apenas si una amarga sonrisa contrae alguna vez sus labios formando una mueca desdeñosa o sarcástica; lucha gritando, mata rugiendo, pero muere en silencio; no ama, no espera, no canta sino alguna que otra melodía triste y monótona; y lo que es más triste señores; el desgraciado no sabe llorar²⁴».

Esta descripción que a pesar de poética parecería hoy inaceptable y escandalosa, se acogía a una escala de valores sociales y jerarquías raciales en cuyo extremo inferior figuraba el indio, el cual, finalmente, a pesar de haber constituido la semilla original de América seguía siendo considerado como bárbaro, inútil y fatalmente imperfectible.

²⁴ *Ibid.*, p. 9

¿Era acaso (el indio) —concluía el orador, dueño con derecho de propiedad estable sobre ese mundo? [...] yo tengo la persuasión de que ese hombre no era ni podía ser un principio; era un término, un último vestigio. [...]el hombre cavaba su tumba, mientras la naturaleza cubría de musgo y flores esa tumba, y preparaba en ella una cuna o un tálamo nupcial para el hombre que esperaba o presentía, capaz de comprenderla, de amarla y de hacerla madre²⁵».

Con estas palabras el poeta uruguayo no sólo legitimaba la cruel conquista española y la colonización subsecuente, sino que justificaba las violentas persecuciones de poblaciones indias acaecidas todavía durante el siglo XIX. En el caso de Uruguay, el tema de los aborígenes no podía ser menos funesto: la población charrúa había sido completamente exterminada por decisión de las autoridades políticas en los años 1831-1832. Algunos críticos actuales como el uruguayo Javier García Méndez enjuiciaron muy severamente sobre este punto la obra literaria de Juan Zorrilla de San Martín y en especial la fama internacional alcanzada por su poema *Tabaré* que concurrió tristemente, según este autor, a glorificar el etnocidio del pueblo charrúa:

«Este holocausto contribuyó a dar al Uruguay el privilegio dudoso de ser el país más blanco de toda la América Hispánica. Tabaré, leyenda blanca, echa un manto de candidez sobre el etnocidio. Al bestializar a las víctimas y al hacer recular los orígenes de la nacionalidad uruguaya a los tiempos heroicos en que los hombres (blancos) eran sagrados, el poema anula doblemente la atrocidad. El clamor de la masacre habrá sido materia prima de un silencio: el silencio en torno al cual Zorrilla de San Martín, sin siquiera pensarlo, dio forma a su contribución de las flaquezas de la memoria colectiva²⁶».

García Méndez se indignó de que a pesar de su contenido el poema hubiera alcanzado un extraordinario éxito literario y recibido comentarios laudatorios de intelectuales de la talla de Miguel de Unamuno o Pedro Henríquez Ureña. Pero así como las ideas eran según Riva Palacio, «trabajos lenta y penosamente elaborados por una serie de generaciones²⁷» también lo son las tomas de conciencia, y cabe siempre tener en la mente la distancia que nos separa de los hechos y de las palabras que enjuiciamos. Otro intelectual latinoamericano por ejemplo, el estudioso colombiano Ernesto Restrepo Tirado que también participaba en las fiestas españolas de 1892 no había vacilado en calificar la conquista de obra humanitaria ante el Congreso Americanista celebrado en La Rábida:

«Por lo menos tocante a las tribus colombinas puede asegurarse que estaban entregadas a tales vicios que no parecía lejano el momento de su desaparición y exterminio de las unas por las otras. Opino que en aquella época ninguna otra nación

²⁵ *Ibid.*, p. 10

²⁶ GARCÍA MÉNDEZ Javier, *Tabaré o la leyenda blanca*, ponencia presentada en el coloquio *L'Indien: naissance et évolution d'une instance discursive* en Montréal (abril de 1991).

²⁷ RIVA PALACIO Vicente, *op. cit.*, p. 6

había hecho conquista tan humanitaria, tan notable como la que realizó la nación española...²⁸».

Volviendo al Ateneo de Madrid, Pedro Alejandrino del Solar inició su presentación de los pueblos precolombinos del Perú desde una perspectiva bastante alejada de estos enfoques. Si las tribus primitivas anteriores a los Incas, estaban según él todavía sujetas a idolatrías y «supersticiones pueriles», tenían, sin embargo «la idea de un Ser Supremo» y creían en «la inmortalidad del alma», razones por las cuales eran y serían perfectibles. De este modo se asemejaban a los primitivos pueblos europeos, lo cual le permitía al orador establecer a continuación una comparación pertinente entre la génesis del imperio Inca y la historia de Roma.

La unidad lingüística y religiosa, la organización rigurosa del trabajo, el desarrollo del comercio y de la industria, los tejidos y los metales preciosos, la arquitectura monumental, «los magníficos caminos resguardados con piedra», el cultivo de los campos: todo contribuía a suscitar en el hombre de estado peruano la misma admiración lírica que había profesado el poeta Zorrilla de San Martín por la Naturaleza americana. Pero ésta vez el «héroe» era el hombre:

«Generalizando la unidad de creencia y de idioma, conseguían identificar los más valiosos sentimientos del corazón y facilitar la más íntima comunicación entre los pueblos. El tributo y el trabajo obligatorios no sólo daban pingües rentas para satisfacer las necesidades de la Administración pública, sino que proporcionaban el sostenimiento de las familias y combatían el ocio, *defecto general en el indio*, libertando a la sociedad de los males que aquel vicio ocasiona. Con la división de las tierras y de los ganados se procuró el medio de fomentar sin violencia el culto, el Trono y el pueblo. El laboreo de las tierras se protegía con esmero, aumentándose con la irrigación de los terrenos eriazos, y para el desarrollo de la industria agrícola, minera y otras, se hicieron cómodos caminos y se establecieron los correos. A la vez que se daban estas disposiciones protectoras, se dictaron leyes penales muy severas para la represión de los delitos. Y para conseguir el eficaz cumplimiento de ellas, así como para sostener el orden y hacer respetar al Soberano y al Gobierno, se establecieron las Decurias y Centurias y el servicio militar obligatorio, con lo que tenían ejércitos numerosos disponibles en el momento en el que se les necesitaba²⁹».

Más allá de la comparación con la antigüedad europea, finalmente, esta exposición de la obra civilizadora de los Incas, suscitaba correlaciones con el presente y tenía en realidad casi la forma de un programa político. En el difícil contexto peruano de finales de siglo XIX, la situación de la población indígena no podía ser menos crítica y tremendas para ella las condiciones sociales del desarrollo económico agrario que denunciarían década tras década pensadores como Manuel González Prada, Juan Carlos Mariátegui, José María Arguedas o que analizó metódicamente, por ejemplo, la tesis doctoral del historiador francés Jean Piel³⁰, describiendo la lenta

²⁸ RESTREPO TIRADO Ernesto, *Estudio sobre los aborígenes de Colombia*, Congreso de Americanistas, citado por BERNABEU ALBERT Salvador, *op. cit.*, p. 78

²⁹ SOLAR Pedro Alejandrino del, *op. cit.*, p. 14-15

³⁰ PIEL Jean, *Capitalisme agraire au Pérou de 1840 à 1930*, París, Anthropos, 1975

e inexorable desaparición de las tierras comunitarias de los indios entre 1840 y 1930 y su absorción por la nueva hacienda capitalista peruana con su consiguiente pérdida de recursos económicos, derechos jurídicos e identidad cultural.

La descripción que el primer vicepresidente del Perú hacía en 1892 del imperio inca resulta significativa desde este punto de vista. No hablaba el poeta ni el científico, sino el hombre de estado, el administrador público. Acaso veía en «los males» que la administración inca lograba vencer gracias a su extraordinaria organización, los mismos males atávicos que enfrentaban y pretendían resolver los políticos peruanos de finales del siglo XIX. No era extraño a este respecto que Alejandrino del Solar presentara el «ocio» como el «defecto general del indio», una idea muy extendida en la sociedad peruana de entonces. Según el ministro eran la religión, el orden público, el trabajo y el servicio militar los que podían apartar al indio de los «males que ocasionaba aquel vicio». Algunos peruanos contemporáneos de Alejandrino del Solar, como González Prada por ejemplo, ya empezaban a adoptar en cambio unas posturas mucho más rebeldes afirmando que los verdaderos males que sufría el indio, eran los que la sociedad y el gobierno ejercían sobre él y que no le quedaba en realidad otro remedio efectivo que sublevarse.

A pesar de hallarse lejos de estas interpretaciones y soluciones, el ministro peruano no podía tener del indio, por evidentes razones nacionales, la misma visión que el embajador Uruguayo. Lo que para uno era recuerdo idealizado y olvidadizo de una trágica desaparición, era para el otro una realidad insoslayable. La evocación, por tanto, de un pasado precolombino valioso, tampoco permitía una valoración idéntica de la conquista y de la colonización española:

«...lo cierto es que los Incas tuvieron un gobierno poderoso, leyes sabias y justas, sociedad bien organizada y, hasta donde era posible, feliz; en resumen una civilización especial bastante adelantada, para la época y condiciones en que se encontraban³¹».

¿Qué mejoras podían traerles entonces los españoles? Aunque hiciera una descripción halagadora de la administración de los incas, el orador había cuidado en señalar ciertos rasgos negativos: el atraso aparente de las ciencias y bellas artes, especialmente los conocimientos muy rudimentarios de las matemáticas y de la astronomía, el desconocimiento del acero, la ignorancia en la que se mantenía a las masas, siendo reservada la cultura a los monarcas y a los sabios religiosos así como la falta de comunicación con el mundo exterior. Pasando por alto luego, la violenta conquista del imperio inca se advino a enumerar los principales beneficios que según él habían aportado los españoles:

«la regeneradora semilla de las ciencias en todos los ramos del saber humano; [...] los rayos caloríficos de la civilización europea, importada a aquellos países que vivían aislados, y por lo mismo extraños a los adelantos que por entonces se operaban en el mundo; [...] y para dar brillantez y sabor a los frutos que produjera, y disipar las

³¹ SOLAR Pedro Alejandrino del, *op. cit.*, p. 16

tinieblas que los errores religiosos proyectaban sobre la inteligencia, con daño del corazón, llevaron la luz vivificante del Evangelio³²».

Estas conclusiones de Alejandrino del Solar que corroboraban las tesis de otros disertantes españoles del Ateneo como Tomás de Reyna y Reyna (*Descubrimiento y conquista de Perú*) y Rafael Salillas (*El pacificador del Perú*) se adecuaban también a concepciones sociales y filosóficas bastante arraigadas en América del Sur. Dentro de la perspectiva general de lucha entre «civilización y barbarie» se requería que los gobiernos e instituciones lograran la integración completa del «indígena» en las culturas nacionales de corte occidental.

Ya desde 1815 Simón Bolívar había definido de este modo la nacionalidad americana:

«[...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores...³³».

Habiendo heredado por una parte la tierra de los «legítimos propietarios del país» y por otra los derechos y cultura de los europeos, las naciones americanas que formaban en realidad conjuntos muy abigarrados, seguían amoldándose paradójicamente a finales del siglo XIX a patrones unitarios occidentales. Uno de los pensadores latinoamericanos influyentes de aquella época, Domingo F. Sarmiento achacaba directamente a la «sangre» y a la cultura indígenas en América Latina la responsabilidad del retraso económico del sur con respecto a la América Anglosajona:

«...¿en qué se distingue la colonización del Norte de América? En qué los anglosajones no admitieron a las razas indígenas, ni como socios, ni como siervos en su constitución social? En qué se distingue la colonización española, en que la hizo un monopolio de su propia raza que no salía de la Edad Media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil. ¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse, y ya lo hace, con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena, con las ideas modernas, acabando con la Edad Media³⁴».

Esta visión muy difundida en tiempos del Centenario justificaba dos de los principales objetivos de las políticas nacionales americanas: la integración de las masas indígenas a la cultura europea mediante el trabajo y la educación, y el «blanqueo» de las poblaciones latinoamericanas gracias a la inmigración europea masiva. Aunque estimara el pasado precolombino de su patria, Pedro Alejandrino del

³² *Ibid.*, p. 17

³³ BOLIVAR Simon, *Cartas de Jamaica*, en *Escritos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, p. 69

³⁴ SARMIENTO Domingo F., *Conflicto y armonía de las Razas en América*, Segunda Parte póstuma, 1888, in *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1997, Biblioteca del Pensamiento Argentino, III.

Solar no se alejaba de estos propósitos al valorar los beneficios de la conquista y colonización del Perú.

La imagen divergente que presentó en cambio Vicente Riva Palacio de los aborígenes mejicanos se basaba primero en los escritos de los evangelizadores del Nuevo Mundo. Apoyándose en la *Historia de las Indias* de Motolinía, el orador afirmó que:

«Por el contrario, el fondo del carácter de los indios lo constituyen la dulzura y la resignación, y exceptuando la mancha negra de los sacrificios humanos, era su religión dulce y moral³⁵».

Frente a la visión legitimadora de la conquista que se amparaba en la evocación de la crueldad de los Aztecas, el conferenciante prefería justificarla como un estado *atrasado* de evolución de la civilización pero común en definitiva a todos los pueblos, acercándose de este modo al enfoque de Alejandrino Del Solar cuando había comparado el Imperio inca con Roma. Recordó que los fenicios, los tirios, los cartagineses, los galos y hasta el pueblo hebreo habían practicado sacrificios humanos, no diferenciándose en este aspecto los aztecas de los demás pueblos antiguos.

«Hase creído vulgarmente que el pueblo mexicano, es decir, el que los españoles encontraron formando el Imperio de Moctezuma, era un pueblo terrible, sangriento y cruel, supuesto que tenía en su religión el sacrificio de víctimas humanas. Pero esto no es una prueba de los instintos feroces de un pueblo, sino de lo retardado de su civilización. [...] La idolatría es hija de la ignorancia; pero todas las idolatrías tienen por base el terror, el miedo a la divinidad y la pequeñez del hombre en presencia de las grandes manifestaciones de la Naturaleza, cuando ni las comprende, ni puede explicárselas más que por la acción directa de un Dios, como una amenaza o como un castigo³⁶».

En las observaciones de Riva Palacio se percibe el anhelo del historiador de enfocar los hechos dentro de una perspectiva a la vez global y nacional. Se trataba no sólo de asumir las consecuencias de una conquista protagonizada por comunes antepasados españoles, sino también y sobretodo de valorar la herencia prehispánica como elemento constituyente de la nacionalidad mejicana. En este sentido Riva Palacio difería radicalmente de los demás conferenciantes latinoamericanos aunque sus conclusiones podían parecer muy semejantes:

Balance colonial

En el Perú según Pedro Alejandrino del Solar la conquista y colonización habían logrado transformar un «conjunto de pueblos incultos en una nación civilizada» dispuesta a enfrentar la modernidad. «Las buenas causas, dijo, producen

³⁵ RIVA PALACIO Vicente, *op. cit.*, p. 19

³⁶ *Ibid.*, p. 18-20

necesariamente benéficos efectos». El mensaje final de su conferencia era explícito e iba dirigido no sólo a España sino toda Europa:

«Aquí debería concluir si no tuviera la seguridad de que las ilustradas y muy distinguidas personas que han organizado estas conferencias se han propuesto algo más que dar veladas ilustrativas en historia, en literatura y en las ciencias meramente especulativas. [...] Hoy el Perú, animado con la vitalidad que lleva a las naciones por el camino del progreso, ofrece a la Europa sus casi inagotables riquezas en la minería, sus inmensos y vírgenes terrenos, para recibir emigraciones que los exploten con provecho [...]»³⁷.

En el caso de Zorrilla de San Martín predominaba una suerte de nostalgia lírica de tiempos heroicos que conllevaba un propósito político semejante, aunque se expresaba sobretodo en términos de fidelidad a las tradiciones sociales y religiosas hispanas. El poeta justificó además los actos condenables cometidos durante la conquista y la colonización por las circunstancias locales e históricas:

«[...] los conquistadores de América tuvieron que sufrir la influencia del medio en que desarrollaban su acción de una manera casi inevitable; y que a los fundados cargos que se hacen contra los reprobables abusos de los aventureros que explotaron la encomienda o la mita en condiciones de crueldad, después de sometido el indio, podría contestarse con amargura, pero también con verdad, en la forma gráfica del poeta. *Crimen fueron del tiempo; no de España*»³⁸.

La gran cuenca del Río de la Plata, sin embargo, había tenido la fortuna según el conferenciante de no disponer de metales preciosos, transformándose rápidamente de este modo el conquistador en colono, para crear una sociedad rural que el poeta idealizaba por oposición a la que caracterizaba las regiones mineras:

«...el primer acto externo de los colonos [...] es la exportación, no de ese oro, causa de tanta opresión y tanta desgracia en otras regiones, y que en este caso, mejor que en ningún otro podría llamarse *vil metal*, pues no enriqueció ni a España ni a América; no de ese oro que engendró las encomiendas, distribución de tierras y hombres, en que el hombre era un accesorio, sino de pieles y azúcar, producto del trabajo reproductor, y que revelaban que allí no había siervos y señores, sino al lado de los propietarios, pastores y agricultores humildes; pero que compartían con sus amos las penurias de la vida y partían con ellos el mismo pan»³⁹.

Esta situación peculiar del Río de La Plata quizá explicara el que pueblos indígenas como los Charrúas hubieran sobrevivido hasta la independencia sin integrarse en la sociedad colonial.

No se habían beneficiado de las mismas condiciones los indios de Nueva España. Los encomenderos los miraban, según Riva Palacio, como «bestias de carga

³⁷ SOLAR Pedro Alejandrino del, *op. cit.*, p. 16-18

³⁸ ZORRILLA DE SAN MARTÍN Juan, *op. cit.*, p. 24

³⁹ *Ibid.*, p. 23

ó máquinas de trabajo, que fácilmente y á poca costa podían adquirirse» y «no cuidaban de la vida de aquellos infelices y los sacrificaban á su menor capricho».

Para recalcar la idea de que la evangelización no había podido ser «el resultado de la predicación, del catequismo ni del convencimiento» el embajador mejicano evocó la extraordinaria violencia y rapidez de la propagación de la fe cristiana, logrando bautizar los frailes españoles en muy pocos años a millones de indios novohispanos:

«No arrancó á los pueblos vencidos del culto de sus ídolos la predicación del apóstol, sino la espada del conquistador y el hacha y la tea del soldado, que derribaban al dios de los altares y ponían fuego á los adoratorios⁴⁰».

El conferenciante se arriesgó incluso a establecer un paralelo entre la rápida propagación del cristianismo en Nueva España y la expansión del Islam en la época de Mahoma y de sus sucesores. La comparación, no carente de sentido, por la dimensión geográfica de ambos fenómenos y la semejanza en ciertos métodos utilizados, era sin embargo bastante atrevida. Equiparar la expansión musulmana con la evangelización cristiana era cometer un pecado acaso mayor en 1892 que discutir los méritos de la conquista española en América.

La gran dificultad de comunicación entre españoles e indios que hablaban no menos de 280 lenguas diferentes era otro motivo, según Riva Palacio, de que no hubieran podido tanto la predicación y la devoción de los misioneros como el miedo, verdadero motor de la evangelización masiva de los indios:

«Los pueblos vencidos por los europeos en las llamadas Indias, ni aun remotamente tenían idea de la doctrina cristiana, ni del culto católico; pero miraban su conversión a esa doctrina y a ese culto como necesaria consecuencia de su desgracia en el combate, como indispensable requisito para afirmar su vasallaje y servidumbre al Monarca español [...]. Además los vencidos americanos, que todo lo temían de la dureza de los conquistadores, llegaron a creer que el bautismo era la poderosa égida que a cubierto les ponía de crueldades y persecuciones, y por eso se presentaban en masa los pueblos pidiendo el bautismo a los misioneros, como en busca de las preciosas garantías de la libertad y de la vida[...]»⁴¹.

Mientras los encomenderos trataban por todos los medios de que se declarara a los indios «incapaces de todo sacramento» alentados por algunos teólogos y jurisconsultos, muchos frailes del Nuevo Mundo, especialmente franciscanos y dominicos, intentaban aliviar los sufrimientos de los indios y defender sus derechos ante la corona española. El orador los definió respectivamente, unos como los «apóstoles de la caridad» y otros como «los representantes del derecho», ensalzando también las leyes de indias por su espíritu moderno y liberal.

Pero el balance de la evangelización seguía llevando el sello indeleble de la violencia que la había caracterizado. Vicente Riva Palacio consideraba por ejemplo

⁴⁰ RIVA PALACIO Vicente, *op. cit.*, p. 10

⁴¹ *Ibid.*, p. 14

las manifestaciones de la religiosidad de los descendientes de los indios mejicanos en su época, como una consecuencia de la «violencia con que se obligó a los vencidos a recibir la religión de los vencedores». Sincretismo y tristeza parecían definir la práctica religiosa heredada de la evangelización forzosa:

«Por la manera violenta con que fue establecido el Cristianismo entre los indios; por el carácter de la raza; por esa profunda tristeza que queda siempre tras un cambio de religión, como dice el Crisóstomo, y quizá también por la impresión que en los ánimos habían dejado los antiguos ritos, y que por la ineludible ley de la herencia se transmitió a las generaciones sucesivas, hay en el fondo del Cristianismo de los indios, mucho de triste y de sombrío⁴²».

A partir de estos y otros efectos de la dominación española se generaban los ingredientes una nacionalidad mejicana ajena, con su modo peculiar de sentir e interpretar su propia existencia social y religiosa. Vicente Riva Palacio era el único conferenciante latinoamericano en reivindicar realmente el nexo, la continuidad de la historia, cuando los demás evocaban la llegada de los españoles como una ruptura radical y eficiente con el pasado.

Enfrentamientos simbólicos

En el momento de encarar el tan peculiar y a la vez tan desigual enfrentamiento que acaecía en el Ateneo de Madrid en 1892 entre latinoamericanos y españoles, dos imágenes o representaciones simbólicas nos vienen a la mente. Podrían servir acaso de hilo conductor para tratar de acceder, más allá del contexto y de las palabras dichas o escritas, a esa diminuta puerta situada en el fondo de toda historia real o ficticia y que nos aguarda y nos tienta como en el famoso cuadro de Velázquez, si bien nunca nos será realmente permitido franquear su inaccesible umbral, apenas divisar en el trasfondo algunos atisbos de veracidad.

La primera de estas imágenes es la de Jano, figura de dios con doble cara que mira hacia el pasado y hacia el futuro simultáneamente: es la que parece corresponder mejor a los propósitos oficiales de la conmemoración centenaria celebrada en Madrid en 1892. Se trata en las mismas palabras del organizador del ciclo de conferencias del Ateneo, de «despertar la atención y el conocimiento positivo y completo» de la historia para «abrir el camino y señalar el rumbo⁴³», o sea sacar lecciones de los aciertos y errores del pasado para preparar mejor el futuro. En la simbología janusiana el presente no cuenta, es un mero soporte, el momento fugaz del encuentro entre los dos opuestos, ese punto de enlace donde todo termina y todo empieza. Cuando examinamos los dichos y los hechos de aquel lejano centenario madrileño, sin embargo, y desde nuestro enfoque actual, difícilmente logramos ver en las enfáticas celebraciones españolas algo más que el reflejo de unas circunstancias peculiares, de un momento histórico que en su día no fue sino un determinado presente. Cabe

⁴² *Ibid.*, p. 27

⁴³ SÁNCHEZ MOGUEL Antonio, *Las conferencias americanistas, Discurso resumen, op. cit.*, p. 6

preguntarse por lo tanto, si los actores españoles y latinoamericanos de 1892, al proyectarse hacia atrás y hacia adelante, hacían otra cosa en definitiva a través de sus actos y discursos que hablarnos de sí mismos, de su inmovilidad en el tiempo, de su perplejidad o incapacidad efectiva para moverse hacia uno u otro lado de la historia.

Los españoles inevitablemente hablaban de España, de una nación perdida y anhelada que soñaban los canovistas y regeneracionistas de 1892 para olvidar la otra España real que en aquellos momentos les defraudaba. Los latinoamericanos buscaban una definición propia de América, su continente heredado y asumido pero todavía oscilante entre contradicciones y postulados. Era patente en la descripción del imperio Inca que hacía Alejandro del Solar el reflejo de los debates positivistas y católicos de la sociedad peruana de finales del siglo XIX. La visión americana de Zorrilla de San Martín no era sino parte también de un ideario político estandarte de unas elites rioplatenses defensoras de los valores tradicionales europeos. Vicente Riva Palacio, representaba por su parte ese México liberal que unos años antes había rechazado la intervención europea en su suelo y llevado nada menos que un Benito Juárez a la presidencia del estado.

La segunda imagen, tomada también de la mitología griega, es la de Narciso, el héroe fascinado por su propia imagen y destruido por causa de su autosuficiencia. Este mito podría simbolizar el aferramiento narcótico a los anhelos del pasado.

Si las celebraciones del cuarto centenario se empeñaban en desmentir la visión esperpéntica suscitada por la terrible leyenda negra era para recuperar en España la imagen halagadora de aquel espejo inicial del «genio ibérico, en la admirable expansión de sus bríos» que definía en la revista oficial *El Centenario* el escritor Juan Valera⁴⁴. El presidente del Ateneo y del gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo, explicaba que era necesario revisar el *Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas*⁴⁵, para reivindicar de una vez la obra y la gloria históricas de España.

Antonio Sánchez Moguel, al valorar las conferencias latinoamericanas definió también cuáles eran los modelos oportunos así como los límites que no se podían franquear. Después de alabar la elocuente «gratitud americana para con la madre patria» expresada por Juan Zorrilla de San Martín, agradecía al ministro peruano por no haber cedido a la influencia nefasta de ciertos historiadores peruanos:

«la circunstancia de no dejarse llevar de los exagerados elogios que algunos historiadores de su patria tributan a la civilización de los Incas, en mengua de la española, son circunstancias por extremo recomendables y que abonan la elevación y cultura de su inteligencia⁴⁶».

⁴⁴ VALERA Juan, Introducción, Revista *El Centenario*, Madrid, Tipografía de «El progreso Editorial», 1892, T. I, p. 17

⁴⁵ CÁNOVAS DEL CASTILLO Antonio, *Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas*, Ateneo de Madrid, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

⁴⁶ SÁNCHEZ MOGUEL Antonio, *Las conferencias americanistas, op. cit.*, p. 230

Los agradecimientos a Vicente Riva Palacio en cambio no escatimaban ciertas advertencias severas. Aunque «sea el punto de vista desde el cual se le considere, hay que reconocer forzosamente que estuvo representado a gran altura por el ilustrado disertante» su sentido crítico, señalaba, «informado en las doctrinas de la sociología positivista, puede prestarse a animadas polémicas...⁴⁷». El historiador español apenas lograba disimular cierta indignación provocada por la comparación que el embajador mejicano había establecido entre los conquistadores y evangelizadores españoles y los descendientes de Mahoma:

«¡Qué diferencia tan radical entre estos medios empleados por el cristianismo en el Nuevo Mundo y los usados por los musulmanes para la propagación del Islamismo!⁴⁸»

La valoración de la obra de los misioneros de Nueva España le parecía, sin embargo «más conforme con la verdad histórica» y la descripción de su abnegación y sacrificio «notable por la exactitud».

En el IV Centenario del Descubrimiento de América así como en la historia de Narciso, la insistente vuelta hacia sí mismo encerraba el peligro funesto de la autosatisfacción si no se seguía a la letra el precepto socrático de «conócete a ti mismo» ignorando la génesis traumática de la historia hispanoamericana. Si el Narciso mítico era el hijo hermoso de una violación originaria, ¿no era igualmente la América hispánica el bello fruto resultante de una violencia denegada? ¿Sería posible seguir adelante sin conocerse realmente? ¿Quién estaba dispuesto a romper el encanto del espejo?

Juan Zorrilla de San Martín pintaba la inmensa belleza americana poblada de pobres «vestigios» humanos con los ojos de Solís, Mendoza y Garay y alababa las mismas hazañas que contaban los libros de historia peninsulares. Pedro Alejandrino del Solar hablaba de América como del continente que «España dio al mundo» ocultando a pesar de haberla descrito en su conferencia la doble génesis americana. Vicente Riva Palacio afirmaba también al final de su conferencia la necesidad del descubrimiento, el derecho de la conquista española y la exigencia legítima de la evangelización. En parte pueden entenderse estas actitudes como prudencias diplomáticas, en parte también como correspondientes a etapas preliminares de un proceso todavía incipiente de apropiación de fuentes y construcción de discursos históricos nacionales oscilantes entre la reivindicación de valores autóctonos independientes y la necesaria reconciliación con el pasado colonial todavía cercano.

«El deber urgente de nuestra América es enseñarse como es» había dictaminado José Martí en su famoso ensayo de 1891, pero su voz, como tantas otras voces latinoamericanas no tenía entrada todavía en España y la mayoría abrumadora de conferenciantes peninsulares desmenuzaban «la verdad histórica» según las normas de Antonio Sánchez Moguel en el Ateneo de Madrid. Los tres únicos

⁴⁷ *Ibid.*, p. 225

⁴⁸ *Ibid.*, p. 226

representantes latinoamericanos se mostraron sin embargo tales como eran, dentro de los límites que les imponían las circunstancias así como sus propias visiones personales. La América blanca ensalzada por Juan Zorrilla de San Martín hablaba mucho acaso de lo que era el Uruguay de 1892, un país que después de haber acabado con las últimas poblaciones aborígenes se disponía a mantener abierta durante décadas sus puertas a una inmigración europea masiva. Las paradojas que evocaba Vicente Riva Palacio, expresaban las incertidumbres e indagaciones reales de una nación mejicana que trataba de entenderse y definirse a sí misma en su mestizaje social y cultural. Pedro Alejandrino del Solar por su parte justificaba sencillamente su presentación histórica por la necesidad que tenía su país de establecer nuevos lazos económicos con España y Europa. No se podía, según él, volver eternamente a las andadas. Por muy halagüeño y conciliador que fuera, todo discurso debería encaminarse a fines prácticos, y éstos habrían de ser inequívocamente benéficos para ambas partes:

«Las naciones que realmente deseen establecer vínculos indisolubles, no lo conseguirán sino haciendo que los pueblos se estimen y se necesiten recíprocamente, que se entrelacen sus intereses de manera que el bienestar del uno crezca y se afiance con el bienestar del otro⁴⁹».

Hoy parece que todavía andamos buscando este necesario equilibrio aunque muchas veces con propósitos ingenuos o equivocados. Se piensa o se sueña demasiado desde Europa con una América Latina acaso inexistente o inventada y si los discursos oficiales recuerdan incesantemente los lazos familiares y culturales que nos unen, siguen encubriendo, a menudo, las mismas desavenencias que en el pasado. Desde América, por otro lado, quizá se siga esperando todavía de Europa lo que en definitiva Europa nunca ha sabido hacer: mirar con ojos nuevos o ajenos al continente americano⁵⁰. En realidad, el salto temporal y cualitativo realizado desde 1892 hasta nuestros días podría no ser tan sustancial como uno se imagina, aun cuando los referentes sean ahora totalmente diferentes y supuestamente el grado de experiencia y de madurez de nuestras sociedades cada vez mayor. La perspectiva histórica, no obstante, nos ofrece ahora una gran ventaja, la de la distancia, siempre oportuna, sobre todo cuando se trata de examinarnos también a nosotros mismos.

En 1892 no existía todavía tal distancia. La época colonial y las luchas de independencia así como las posteriores intervenciones militares de España en el continente americano aún eran demasiado recientes. No se habían cerrado la mayoría de las heridas y las tensiones eran muy palpables en todos los ámbitos. Las controversias entre americanistas e hispanizantes o europeizantes crujían en las repúblicas americanas mientras en España el hispanoamericanismo se enconaba con

⁴⁹ SOLAR Pedro Alejandrino del, *op. cit.*, p. 18

⁵⁰ Son abundantes los textos actuales en torno a estos temas, véanse por ejemplo los que recoge el libro: Patricia GALEANA (coord.), *Latinoamérica en la conciencia europea. Europa en la conciencia latinoamericana*, México, AGN – CCYDEL – UNAM - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1999.

un latinoamericanismo divergente inyectado también desde Francia⁵¹. Los significativos silencios de los historiadores americanos lamentados por Antonio Sánchez Moguel, encontraron además su correlato en las reservas o disensiones expresadas por otros intelectuales latinoamericanos presentes en el Centenario. El tema de la lengua⁵², por ejemplo, suscitó unas polémicas intervenciones del literato peruano Ricardo Palma tanto en La Real Academia de La Lengua, como en el Congreso Literario de Madrid y en el Congreso de Americanistas celebrado en La Rábida⁵³. Mientras el hispanoamericanismo oscilaba en las discusiones peninsulares, entre regeneracionismo y conservadurismo, no lograba, en realidad, su deseado encuentro con América, porque América no era acaso el centro ni la meta verdadera de los debates. Sí lo eran, en cambio, la recuperación de la imagen de Colón, la reivindicación de la obra histórica de España y la defensa del interés nacional en todos los sentidos.

En este contexto las voces latinoamericanas que tuvieron la oportunidad de expresarse en España, sufrieron, además del desequilibrio resultante de su escaso número, de una deplorable sordera hacia cualquiera de sus reclamaciones que no coincidieran con los objetivos oficiales de las conmemoraciones españolas. Si podían reconocerse algunos desaciertos pasados, las tensiones políticas e intelectuales del momento entre España y América eran sistemáticamente eludidas para lograr «la suprema concordia» que anhelaba Juan Valera, uno de los principales ideólogos y organizadores del IV Centenario⁵⁴.

Vicente Riva Palacio, Juan Zorrilla de San Martín y Pedro Alejandrino del Solar lograron a pesar de todo, no sólo tomar la palabra en el Ateneo de Madrid, sino reivindicar diplomáticamente su derecho y autoridad para hacerlo como portavoces de América. Divididos entre la necesidad de asumir su herencia hispánica y el imperioso deseo de contribuir a la construcción de una identidad nacional y continental, recordaron finalmente algunas de las principales claves del ineluctable debate sobre la identidad latinoamericana: la originalidad y la diversidad geográficas y humanas, la indispensable valoración del pasado precolombino, la asimilación e integración del periodo colonial y el evidente mestizaje social, cultural y religioso resultante de la peculiar historia americana.

⁵¹ Sobre los debates en torno al hispanoamericanismo en América, véase por ejemplo la tesis doctoral reciente de Aimer GRANADOS GARCÍA: *Los debates sobre España: el hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, 2002.

⁵² En su libro *América Latina y la latinidad* (México, UNAM-CECYDEL, 1993) el intelectual uruguayo Arturo Ardao, al describir la génesis de la idea y del nombre de América Latina, ofrece un interesantísimo recorrido histórico de las tensiones y debates entre hispanismo y americanismo en España y América Latina antes del IV Centenario. Véase también sobre los debates de 1892 el artículo de Jenny BRUMME: «El IV centenario y la compensación de la pérdida de las colonias españolas: "la unidad de la lengua"», *Apuntes* (Leipzig), n° 4, 1992, p. 1-22

⁵³ Sobre la polémica con la Real Academia, véase por ejemplo la tesis reciente de Cecilia MOREANO, *Relaciones literarias entre España y Perú: la obra de Ricardo Palma*, Madrid, CSIC, Instituto de la lengua española, 2002.

⁵⁴ VALERA Juan, *El Centenario*, op. cit., p. 17-18.

